

pón, con el rostro inundado en lágrimas y la cabeza baja, lanzaba de vez en cuando una mirada al féretro expresando en su fisonomía un miedo infantil. Catalina, al lado de su madre, estaba tan fresca y tan sonrosada como siempre.

El carácter franco de Volodia se revelaba hasta en su dolor; absorto en sus pensamientos, miraba fijamente un objeto cualquiera, y ora torcía la boca y se apresuraba á persignarse, ora se inclinaba hasta el suelo. Todas las personas extrañas que asistían al funeral me eran insoportables y los cumplimientos de duelo que dirigían á mi padre «que estaría mejor allá arriba, que no estaba hecha para este mundo,» etc., etc., me producían gran irritación.

—¿Qué derecho tienen,—pensaba yo,—para hablar de ella y para llorarla? Algunos nos han llamado huérfanos. ¡Como si tuviésemos necesidad de ellos para saber que los niños que no tienen mamá son huérfanos! Habrán querido ser los primeros en darnos este nombre, del mismo modo que todo el mundo se apresura á llamar el primero «señora» á una recién casada.

En el rincón más apartado de la sala, medio escondida tras una puerta abierta, se encontraba una viejecita de cabellos grises y de espalda encorvada. Con las manos juntas y los ojos levantados al cielo, no lloraba, rezaba. Su alma se elevaba á Dios, pidiéndole que la llevase al lado de aquella á quien había amado sobre todas las cosas y esperaba firmemente que Dios escuchara su ruego.

—Esta sí que la quería de veras,—pensé, y me avergoncé de mí mismo.

El servicio religioso había terminado. El rostro de la muerta estaba descubierto y todos los presentes, á excepción de la familia, se acercaron uno á uno para besarla.

Avanzó casi la última, una mujer que tenía en los brazos una graciosa niña de unos cinco años. ¡Dios sabe por qué la había llevado allí! Se me había caído sin sentirlo, mi pañuelo mojado por las lágrimas y me bajaba para re-

cogerlo, cuando oí un grito agudo, espantoso, un grito que expresaba tal terror, que aun cuando viva mil años, no podré olvidarlo nunca y aún ahora cuando lo recuerdo me estremezco.

Levanté la cabeza; la campesina había subido sobre el escabel que estaba junto al féretro y se esforzaba en contener á la pequeña que luchaba por echarse atrás con expresión de terror mirando el cadáver, dilatados los ojos y lanzando aullidos terribles. Proferí un grito más espantoso aun que los suyos, y salí corriendo de la sala.

Sólo en aquel momento comprendí de donde procedía aquel olor característico, unido al olor del incienso que llenaba la sala; la idea de que aquel rostro, algunos días antes tan agradable, tan bello, aquel rostro de la persona á quien más amé en el mundo, pudiese inspirar tal espanto, me reveló, por decirlo así, la cruel verdad y llenó mi alma de desesperación.

## CAPITULO XXII

### Ultimos recuerdos tristes

Mamá no existía ya y nuestra vida continuaba su curso ordinario. Nos levantábamos y nos acostábamos á las mismas horas y en los mismos aposentos. El té de la mañana, el té de la noche, la comida, la cena, todo se hacía á las mismas horas y del mismo modo. Los muebles, las sillas todas estaban en su puesto ordinario, nada había cambiado en casa ni en nuestra existencia; ¡sólo *ella* no estaba allí!...



Creí que después de tal desgracia todo habría debido cambiar, que nuestro método anterior de vida constituiría una ofensa para su memoria, haciéndonos sentir con demasiada viveza su ausencia.

En la víspera de los funerales, después de la comida, tenía sueño y fui al cuarto de Natalia Savishna con la intención de tumbarme en su buena cama de pluma bajo el caliente edredón bien acolchado. Cuando entré se había acostado y parecía dormir: al ruido de mis pasos se levantó, se quitó un pañuelo de lana que se había puesto á la cabeza para librarse de las moscas y se acomodó la cofia sentándose en el borde de la cama.

No era la primera vez que á la hora de la siesta iba á su cuarto para echar un sueño, y por lo mismo adiviné el motivo de mi visita y me dijo haciendo un movimiento para levantarse:

—¡Muy bien! ¿ha venido mi tortolilla á descansar? Acuéstese usted.

—¡Vaya una idea! Natalia Savishna, —dije, deteniéndola por el brazo.—No he venido para eso... Está usted cansada; descanse usted.

—No, amo mío, ya he dormido bastante, —me dijo, (yo sabía que hacía tres noches que no se acostaba).—Además, no es este el momento de dormir, —añadió con un profundo suspiro.

Deseaba conversar un poco sobre nuestra desgracia con Natalia Savishna, conocía su sinceridad y su afecto y sentía que me sería muy dulce llorar con ella.

—Natalia Savishna, —le dije después de un momento de silencio, sentándome en la cama.—¿Lo esperaba usted?

Ella me miró con aire perplejo y curioso sin comprender por qué le hacía yo esta pregunta.

—¡Quién podía suponerlo! —repliqué.

—¡Ay, amo mío! —dijo mirándome con afecto y tristeza,

—no se podía prever, y aún no he logrado persuadirme de que es la triste verdad.

Soy vieja y hace mucho tiempo que mis huesos deberían descansar, pero sucede lo contrario; yo los voy enterrando á todos: el amo viejo, su abuelo de usted, de eterna memoria; el príncipe Nicolás Mikhailovitch y sus dos hermanos, su hermana Ana, á todos los he enterrado y todos eran más jóvenes que yo, amo mío; y ahora vea usted como la entierro á *ella*, como un castigo de mis pecados. ¡Hágase la santa Voluntad! Dios se la ha llevado porque era digna de ir al cielo; también allá arriba hacen falta los buenos.

Esta idea ingénuá fué para mí seguramente muy consoladora. Me acerqué más aún á Natalia Savishna que había cruzado las manos sobre el pecho y miraba al cielo; sus ojos húmedos y hundidos expresaban un dolor inmenso, pero tranquilo. Esperaba firmemente que Dios no la tendría separada por mucho tiempo de aquella por quien en tantos años se habían reconcentrado todas sus afecciones.

—Sí, amo mío; ¡cuánto tiempo ha pasado desde que fui su niñera y cuidé de ella! Me llamaba Natacha, corría detrás de mí, me cogía con sus manecitas y me abrazaba diciendo: «Mi linda Nascha, querida Nascha mía:» y yo para divertirme le decía: «No es verdad, ama, no me quiere usted mucho; cuando sea usted *grande* se casará y olvidará á Nacha.» —Entonces ella se ponía á pensar.—«No, —respondía, —prefiero no casarme si no he de llevarme á mi Nacha; no dejaré nunca á mi Nacha.»

Y vea usted como me ha dejado al fin y no me ha querido aguardar. ¡Y sin embargo, me quería tan bien! A decir verdad ¿á quién no quería ella?—Sí, amo mío, es imposible que usted pueda olvidar á su mamá; no era una criatura humana, sino un ángel del cielo. Cuando su alma esté en el Paraíso continuará amándoles desde allá arriba y regocijándose al verles.



—¿Por qué dice usted Natalia: «cuando esté en el Paraíso?»—pregunté.—Creo que ya estará allí.

—No, amo mío,—dijo Natalia Savishna, bajando la voz y acercándose á mí hasta el borde de la cama,—ahora su alma está aquí.

E indicaba el techo y hablaba en voz baja con tal emoción y tanta fe, que involuntariamente levanté los ojos y miré á lo alto como buscando alguna cosa.

—Antes de ir al paraíso, el alma del justo sufre cuarenta pruebas, pequeño mío, durante cuarenta días, y puede permanecer en su propia casa.

Prosiguió por algún tiempo en este tono, hablando con tanta sencillez y convicción, como si se tratase del hecho más natural, visto con los mismos ojos y del cual nadie podía tener ni la más ligera duda. Yo la escuchaba, conteniendo la respiración; no comprendía bien lo que ella decía, pero la creía ciegamente.

—Sí, amo mío,—dijo al fin,—en este momento está aquí mismo; nos está mirando y escucha todo lo que decimos.

Bajó la cabeza y calló. Tuvo necesidad de un pañuelo para enjugarse las lágrimas y se levantó, me miró fijamente en los ojos y dijo con voz temblorosa por la emoción:

—El Señor, con este golpe, me ha hecho dar grandes pasos hacia él. ¿Qué hago ya en este mundo? ¿por qué vivir? ¿á quién amar?

—¿Luego usted no nos ama?—le pregunté con tono de reconvenición y á punto de llorar.

—Dios sabe si os quiero, tortolillas mías; pero amar á nadie como la amaba á ella, no lo he podido hacer nunca ni lo lograré jamás.

No pudo continuar;—se volvió hacia otro lado y sollozó con fuerza.

Ya no pensaba en dormir; permanecimos sentados uno al lado del otro llorando.

Entró Phoca, y al vernos de aquel modo temió molestarnos, se detuvo á la entrada y nos miró tímidamente sin hablar.

—¿Qué quieres, Phoca?—preguntó Natalia Savishna enjugándose los ojos con el pañuelo.

—Una libra y media de pasas, cuatro libras de azúcar y tres libras de arroz para la kuzia (1).

—En seguida, en seguida, querido.

Natalia Savishna tomó un polvo de tabaco y se dirigió á cortos pasos hacia un armario. Las últimas huellas de la tristeza que le había producido nuestra conversación, desaparecieron tan pronto como se acordó de su oficio, al que atribuía la mayor importancia.

—¿Por qué cuatro libras?—dijo al tomar el azúcar y al ponerlo en las balanzas.—Tres libras y media bastan.

Y quitó muchos pedazos del platillo.

—¿Qué significa esto? Anoche dí ocho libras de arroz y aún falta.

—Dí lo que quieras, Phoca, pero el arroz no te lo doy. Vanka parece refocilarse de que la casa ande revuelta porque imagina que nadie se preocupa de esto. No, yo no consiento que se despilfarren los bienes de los amos. ¡Se vió alguna vez nada semejante! ¡ocho libras!

—¿Qué quiere usted hacer? Dice que todo se lo han comido.

—Está bien, aquí está. ¡Qué devore también éste!

Me sorprendió este brusco tránsito de la emoción más profunda á pequeñeces y disputas tan mezquinas.

Mucho tiempo después, reflexionando sobre esto, me expliqué cómo podía suceder que estas cosas le permitiesen conservar la presencia de espíritu necesaria para atender á sus propios asuntos y cómo la fuerza del hábito la conducía á sus ocupaciones cotidianas.

Su dolor era tan grande que no creyó necesario pudie-

(1) La kuzia se come después de los funerales.



sen sospechar de ella que disimulaba la posibilidad de ocuparse de cosas indiferentes.

La vanidad es el sentimiento más incompatible con un dolor verdadero y al mismo tiempo es parte tan integrante de la naturaleza humana, que rara vez pierde sus derechos ante su dolor cualquiera, aun el más profundo.

Entonces se oculta bajo el deseo de aparecer afligidos ó desgraciado, ó animoso, y estos bajos sentimientos que no nos confesamos ni aun á nosotros mismos, pero á los que no escapamos casi nunca—aun en los momentos más terribles—enervan nuestro dolor, lo envilecen arrebatándole lo que tiene de sincero.

Pero Natalia Savishna era demasiado infeliz para que en su alma pudiera germinar un deseo cualquiera: no vivía más que por la fuerza del hábito.

Natalia entregó á Phoca las provisiones pedidas y le recomendó mucho el pastel destinado á la mesa de los clérigos. Cuando se hubo marchado, cogió su calceta y se sentó á mi lado.

La conversación se reanudó sobre el mismo tema; lloramos de nuevo y nos volvimos á enjugar los ojos.

Todos los días iba á charlar con Natalia Savishna y sus dulces lágrimas, sus palabras amables, su serenidad me hacían tanto bien que eran mi único consuelo; pero pronto nos separamos. Tres días después del funeral nos marchamos todos á Moscou; ya no debía volver á ver más á Natalia Savishna.

Mi abuela no supo tan terrible noticia hasta nuestra llegada y su dolor fué inmenso. Ni siquiera nos permitieron verla, porque estaba fuera de sí, y continuó en este estado una semana entera, tanto que los médicos temieron por su vida. No quería tomar ningún remedio, rehusaba hablar y se negó á comer y á beber. A veces, sentada en su poltrona, á solas en su habitación, sufría un ataque imprevisto de risa, seguido de sollozos sin lágrimas, que le ocasionaban convulsiones, gritos desaforados, palabras te-

ribles sin sentido alguno. Era éste el primer gran dolor de su vida y estaba aterrada. Sentía la necesidad de acudir á alguien y pronunciaba amenazas furibundas. Se levantaba de pronto de su poltrona y paseaba como una fiera por su aposento, á largos pasos, hasta que caía sin sentido.

Una vez fui á su habitación: la encontré sentada y parecía serena, pero su mirada me chocó. Los ojos, muy abiertos, tenían un no sé qué de vago y de aielado; los fijó en mí y sin embargo no me veía. Sus labios se cerraron lentamente, se sonrió y dijo con voz afectuosa y conmovedora: «Ven aquí, ángel mío, acércate.» Creí que hablaba conmigo y me acerqué; no me llamaba á mí.

—¡Ah! si supieses, querida mía, qué dolor he experimentado y qué contenta estoy ahora de que hayas venido...

Comprendí que ella creía ver á mamá y me detuve.

—Me dijeron que no existías ya—continuó frunciendo las cejas.—¡Qué necedad! ¿Es posible que tú mueras antes que yo?

Y prorrumpió en una carcajada nerviosa, terrible.

Las personas capaces de afectos vigorosos son las únicas que pueden resistir esta acerba pena; pero al mismo tiempo están protegidas por aquella gran necesidad de amar que reacciona contra el dolor mismo, porque en el hombre la naturaleza moral es más enérgica que la naturaleza física. El dolor moral no mata nunca.

Después de una semana, mi abuela pudo llorar y mejoró. Su primer pensamiento, al volver en sí, fué para nosotros, y aun se aumentó el cariño que nos tenía. Casi nunca la dejábamos sola en su poltrona; lloraba, pero sin espasmos, hablaba de la mamá y nos acariciaba afectuosamente.

A nadie se le ocurría al mirar á mi abuela, que ella exa-



gerase su dolor, porque las pruebas que daba eran grandes y conmovedoras. Sin embargo, no podría decir el por qué, pero me sentía más atraído hacia Natalia Savishna. Hoy mismo estoy convencido de que nadie amó á mi madre con amor tan puro, ni la lloró tan sinceramente como aquella buena y sencilla criatura.

Con la muerte de mamá concluyó para mí la época feliz de la infancia y se abrió una nueva: la adolescencia. Pero como mis recuerdos sobre Natalia Savishna se refieren todos á mi infancia; como ya no la volví á ver más y como ella ejerció una grande y benéfica influencia sobre el desarrollo y las tendencias de mi sensibilidad, añadiré aquí algunas palabras sobre ella y sobre su muerte.

Los criados que dejamos en el campo me contaron que, después de nuestra partida, Natalia se aburría mucho, pues no tenía gran cosa que hacer. Continuaba, es verdad, siendo la despensera y el ama de llaves, escudriñando y arreglando sin cesar sus armarios, contando y pesándolo todo, pero le faltaba el movimiento y el ruido de una casa señorial, habitada por los amos, aquel vaivén continuo á que estaba acostumbrada desde su infancia. El dolor, el cambio de vida y la escasa actividad le ocasionaron rápidamente una enfermedad senil á que tenía cierta propensión. Al año de la muerte de mamá, tuvo que meterse en cama, enferma de hidropesía.

Me figuro que Natalia Savishna debió encontrar muy dolorosa la vida, y aun más el morir sola en la gran mansión casi vacía de Petrovskoë, sin parientes y sin amigos.

Todos la estimaban y la querían, pero ella no tenía ninguna predilección por nadie y se mostraba orgullosa de esto.

Profesaba la idea de que, dada su posición en la casa, poseyendo la confianza de sus amos y encargada por ellos de la custodia de todos los armarios y de todas las llaves, la preferencia por alguno de sus compañeros podía inducirle á una parcialidad é indulgencia culpables.

Por esto motivo, y quizá también porque no tenía nada de común con los demás criados, se mantenía alejada de todos ellos. Solía decir que en la casa no debía tener ni compadres ni parientes y que no dejaría á ninguno abusar de la propiedad de los señores.

Buscaba y encontraba consuelos en las fúeridas oraciones en que su alma se ofrecía á Dios. En los momentos de flaqueza á que todos estamos sujetos y durante los cuales no hay consuelo mejor que las lágrimas ó la simpatía de un amigo, hacía subir á su perrito con ella sobre la cama, le hablaba y lloraba muy bajo acariciándole.

El perrito le lamía las manos, fijaba en ella sus ojos amarillentos y gemía. Entonces ella procuraba calmarle, diciéndole: «Calla, no necesito que tú me recuerdes que he de morir pronto.»

Un mes antes de morir, sacó de su cofre un trozo de muselina blanca y unas cintas de color de rosa, y con ayuda de una mujer, se hizo un vestido y una cofia preparando cuidadosamente todo lo necesario para sus funerales. Confió al intendente todos los armarios que pertenecían á la casa con un inventario minucioso; después sacó dos trajes de seda y un antiguo chal, regalos de mi abuela y el uniforme de mi abuelo todo recamado de oro y que él le había regalado. Era tan cuidadosa con las ropas, que los bordados y los galones del uniforme se encontraban aún en estado perfecto y el paño no tenía la menor señal de polilla.

Antes de morir, pidió que uno de los vestidos de seda, el de color de rosa, se lo dieran á Volodia, y el otro de color de pulga á cuadros fuese para mí, á fin de que nos hicéramos batas con ellos.

El chal lo legó á Linbotshka y el uniforme al primero de los dos, Volodia yo, que llegase á oficial.

A excepción de cuarenta rublos destinados á pagar los funerales, legó el dinero y cuanto poseía á su hermano.

Este, que era liberto desde hacia mucho, habitaba en



un país muy distante y llevaba una vida muy desarreglada, de modo que Natalia no había tenido durante su vida relación alguna con él.

Cuando el hermano vino á tomar posesión de la herencia y no encontró más que veinticinco rublos en papel, no daba crédito á sus ojos. Le parecía imposible que una mujer que había vivido sesenta años en una casa rica en donde era dueña de todo, que había sido siempre más que ahorrativa, pues era casi avara, no dejase nada al morir. Sin embargo, esta era la pura verdad.

Natalia Savishna estuvo enferma otros dos meses y soportó sus dolores con paciencia verdaderamente cristiana. Jamás refunfuñaba ni se lamentaba, hablando siempre de Dios, según su costumbre. Una hora antes de morir se confesó con una alegría tranquila, comulgó y recibió la Extremaunción.

Pidió perdón á todos los de la casa por las ofensas que podía haberles hecho, y encargó á su confesor el padre Vassili que comunicase á la familia la extremada gratitud con que recordaba nuestras bondades y nos rogaba la perdonásemos si por torpeza había ofendido á alguno de nosotros. «Pero puedo decir—añadió—que no soy una ladrona; no he tocado jamás ni un hilo que perteneciese á mis amos.» Era la única cualidad que ella se reconocía.

Se puso el vestido blanco y la cofia, se apoyó con el codo en la almohada y no cesó hasta el fin de hablar con el sacerdote. Al recordar que no dejaba nada á los pobres, tomó diez rublos y encargó al padre Vassili que los repartiese en la parroquia. Hizo la señal de la cruz, se dejó caer en la almohada y espiró pronunciando con sonrisa inefable el nombre de Dios.

Salió de este mundo sin pena y sin temor á la muerte, aceptándola como una gracia; cosa que se repite muy á menudo, pero pocas veces con sinceridad. Natalia Savishna podía no temerla, porque moría con su fe inquebrantable y había vivido siempre según los preceptos del Evangelio.

Toda su vida no había sido más que amor puro y desinteresado y un sacrificio constante de sí misma.

¡Ah! ¡no porque su religión hubiese podido ser más pura y su vida dirigida á un fin más alto, parece menos digna de respeto la pobre Natalia, toda amor y abnegación!

Después de realizada la más bella, la más grande obra de esta vida, murió sin pena y sin temor.

La enterraron, según sus deseos, no lejos de la capilla que estaba erigida sobre la tumba de mamá. Las ortigas y los lampazos han cubierto el lugar en que reposa. Cuando voy á la capilla de la mamá no dejo nunca de acercarme á la verja pintada de negro que rodea la tumba de Natalia Savishna, prosternándome hasta el suelo.

A veces me detengo entre la capilla y la verja negra, acometido por tristes pensamientos, y me pregunto: ¿Acaso no me ha condenado la Providencia á eterno desconsuelo al separarme de esos dos seres tan queridos?